

## CAPÍTULO V.

### LA UNIDAD RELIGIOSA.

#### § 1.— La division religiosa.

Las religiones de la antigüedad difieren profundamente de la religion tal como hoy la concebimos. En los pueblos modernos el sentimiento religioso no está encerrado en los límites de una ciudad; une el hombre á Dios, y por medio de él á la humanidad entera. No sucedia lo mismo entre los antiguos: habia tantas creencias como asociaciones políticas; la division de los cultos se confundia con la de los Estados. A medida que los Romanos extendieron sus conquistas, las religiones nacionales cayeron con las nacionalidades. Roma, que absorbió á todos los pueblos, atrajo igualmente á su seno sus cultos: este concurso de los dioses de la antigüedad produjo, en tiempo de los emperadores, una especie de catolicismo pagano. Pero la unidad religiosa era más incompleta todavía que la unidad política. Hemos visto lo que tenía de grande y de defectuosa la asociacion de los vencidos y de los vencedores en tiempo del Imperio. Los cultos paganos no alcanzaron ni aún á esta union exterior; partiendo del principio de la diversidad, no podian conducir á la unidad. El panteon romano no fué más que el símbolo de un grosero sincretismo. Sin embargo, la tentativa del mundo antiguo para llegar á la unidad espiritual merece nuestra atencion por las tendencias que revela. La humanidad tenía sed de una doctrina que, poniendo fin al antagonismo antiguo, uniese á todos los hombres en una gran familia. El pa-

ganismo era impotente para satisfacer esta necesidad; pero los deseos de la humanidad son un presentimiento del porvenir; la religion futura cumplirá lo que las religiones del pasado no podian realizar.

El desarrollo de la unidad religiosa entre los Romanos sigue la misma marcha que la formacion de la unidad política. Hemos dicho que el punto de partida de la ciudad que debia servir de lazo político y religioso al mundo antiguo era una profunda diversidad. Tres elementos distintos contribuyeron á formar el pueblo rey: se les encuentra tambien en el dominio de la religion (1). Cada una de las tribus que vinieron sucesivamente á ocupar las siete colinas tenía su culto particular; la más antigua era la de los Latinos: los Sabinos y los Etruscos trajeron á su vez sus dioses nacionales á Roma. Estos diversos elementos se unieron, pero sin confundirse. Al entrar en la misma ciudad, los Sabinos y los Latinos se comunicaron sus divinidades, porque no se concebía la asociacion civil sin union religiosa. Pero habia allí más bien alianza que unidad; cada una de las tribus conservaba su culto y tenía entrada en el culto de otra. La igualdad, que tanto repugna á la antigüedad, no se observó en este cambio. Por su antigüedad, la primera tribu tenía una superioridad sobre la segunda (2). Esta desigualdad era todavía más marcada respecto de la tercera; su religion se consideraba como extranjera (3).

La ciudad de Rómulo, apénas fundada, entró en la vía de las conquistas. Los vencidos trasportados á Roma formaron el núcleo de la plebe. De aquí la oposicion de los patricios y plebeyos que juega tan gran papel en la historia de Roma. Los plebeyos conservaron su culto nacional; pero como estaban excluidos de la ciudad, su religion fué un culto privado y local. Constituyendo los patricios solos la ciudad, su culto fué el del Estado. No paró allí la division. En el seno mismo de la casta dominante, la religion se individualizó y se fraccionó hasta lo infinito. Segun las ideas

(1) AMBROSCH, *Studien und Andeutungen im Gebiet des altrömischen Bodens und Cultus* (Breslau, 1839).

(2) AMBROSCH., p. 192-193.

(3) *Adventicia* (AMBROSCH, p. 215).

de los antiguos, toda persona física ó moral debía tener su dios. Las asociaciones conocidas bajo el nombre de *gentes*, formaban la base de la organización social; tenían su culto, que se practicaba con tanto más fervor cuanto más de cerca afectaba á los intereses de la familia (1). Las familias y los individuos podían también tener su culto particular. Cuando se fundaba un sacrificio con un carácter de perpetuidad, todos aquellos que heredaban el patrimonio estaban obligados á llenar las solemnidades prescritas (2). Los Romanos habían salido de aquel estado de barbarie en que hay tantas divinidades como individuos, pero no se habían elevado todavía al concepto de un Sér Supremo que dirija tanto los destinos de los individuos como los de los Estados; entre el gran número de dioses recibidos por la república, cada cual se escogía un protector especial al cual dirigía sus oraciones (3).

Tal era la religión primitiva de Roma. A medida que los elementos hostiles que coexistían en el recinto de las mismas murallas se unieron en un solo cuerpo, desaparecieron las diferencias religiosas que los distinguían. Los Tarquinos tuvieron la ambición de fundar la nacionalidad romana: Roma no debía ya ser una ciudad, sino la capital de un estado; los cultos particulares debían ser reemplazados por un culto general. El Capitolio era el símbolo de esta unidad (4). Pero la unidad fué más política que religiosa. Había en las religiones paganas un espíritu de individualismo que resistió á todas las tentativas de concentración. El patriciado, obligado á abrir sucesivamente á la plebe el acceso á las magistraturas, no se despojó jamás enteramente de sus poderes sagrados; varias funciones religiosas permanecieron de su dominio exclusivo. Era como un último resto del sistema de las castas; el patricio

(1) Los sabios disienten sobre el carácter de los *sacra gentilitia*. Según NIEBUHR y SAVIGNY, cada *gens* tenía su culto, su dios. WÖNIGER (*Das Sacralsystem der Römer*, p. 94, 185, 188 y 189) opina que no era de la esencia de la *gens* el tener un culto especial.

(2) *Sacra pro familiis* (WÖNIGER, p. 204).

(3) Ofrecíanse sacrificios en capillas particulares. Este culto es el que se conoce con el nombre de *sacella* (WÖNIGER, p. 132-140). Esta materia es muy oscura, y ha dado lugar á diversos sistemas (*Real-Encyclopädie*, t. VI, p. 650).

(4) AMBROSCH, 206-225.—«*Capitolium romanæ urbis et religionis caput summum*» (LACTANT., *Divin. Inst.*, III, 17).

era sacerdote por su nacimiento; ningún poder humano podía destruir la obra de la naturaleza (1). En cuanto á los cultos particulares de las *gentes*, de las familias, de los individuos, tenían raíces demasiado profundas en el paganismo para que se pudiera pensar en confundirlos en una religión única.

## § II.—Formación de la unidad pagana.

Así la unidad religiosa no llegó á verse realizada ni aún en el interior de la ciudad. Sin embargo, Roma poseía en alto grado el genio de la unidad política; después de haberla organizado en su seno, trató de imponerla al mundo. Le hemos visto reunir á su territorio las ciudades vecinas que conquistaba ó concederles la ciudadanía: esta conducta, al parecer generosa, del patriciado era inspirada por la necesidad ó la utilidad. Por esta misma razón adoptó Roma las divinidades de los vencidos. Estaba interesada en conciliarse los dioses tutelares de las naciones, con las que le ponía en colisión su ambición invasora. En la creencia de los antiguos, cada ciudad tenía su patrono celestial que la protegía diariamente contra el peligro (2); estaban persuadidos de que las ciudades no podían ser tomadas sin su consentimiento. Pero se imaginaban también que los dioses no estaban ligados por un lazo indisoluble á las ciudades que los adoraban, que estaban siempre dispuestos á dejarlas por otros pueblos si éstos les ofrecían mayores ventajas (3). Los Romanos, que atribuían una virtud mágica á las fórmulas, forjaron una para seducir á los patronos de los sitiados. *Evocabanlos*, es decir, incitabanlos á abandonar las ciudades que habían tomado bajo su protección, y les conjuraban á que viniesen á establecerse á Roma. «Que nuestras casas, dice la fórmula, que nuestros templos, nuestros objetos sagrados y nuestra ciudad te sean más agradables y convenientes, de tal suerte que

(1) AMBROSCH, p. 186-188, 211, 212.

(2) SERVIUS, *Ad Æneid.*, XII, 768; *Ad Georg.*, I, 494.

(3) LOBECK, *Aglaophamus*, t. I, p. 273 y sig.

en adelante seas nuestro protector, el del pueblo romano y de mis soldados. Si así lo haces, por nuestra parte te ofrecemos fundar templos é instituir juegos en tu honor» (1). Cuando Roma triunfaba, los pueblos vencidos perdían su independencia religiosa con su independencia política; entregaban sus templos, sus cosas sagradas, sus dioses al vencedor (2). Las divinidades protectoras eran conducidas á Roma (3).

La evocación de los dioses tutelares, su traslación á Roma debía llenar la Ciudad Eterna con las divinidades del mundo entero (4). Otras causas contribuyeron también á concertar en ella las ideas paganas. Los extranjeros afluían á Roma de todas las partes de la tierra, áun de aquella parte del Oriente que las legiones no llegaron á dominar. Transportaron á ella su religión, que ejercían bajo la protección de las leyes (5). Los Romanos acabaron por adoptar aquellos cultos. El paganismo no satisfacía ni al sentimiento religioso ni á los cálculos interesados de los creyentes. En las grandes calamidades se preguntaban los hombres con ansiedad qué se habían hecho los dioses, cuya protección no los ponía ya al abrigo de las desgracias; y creyendo que ó los habían abandonado ó eran impotentes, dirigían sus oraciones á divinidades nuevas.

El Senado resistió por largo tiempo esta tendencia de los espíritus: temía que los cultos extranjeros derruyeran el viejo edificio de la constitución romana. Más de una vez proscribió las religiones

(1) MACROB., *Saturnal*, III, 9.

(2) LIV., I, 33; VII, 31; XXVIII, 34.

(3) Véase TITO LIVIO (V, 21, 22), sobre la traslación de Juno, diosa tutelar de Veyes, á Roma.

(4) PRUDENT, *Contra Symmach*, II, 346.

(5) La tolerancia de Roma respecto de las religiones extranjeras ha sido la admiración de los historiadores y filósofos del último siglo (MONTESQUIEU, *Dissertación sobre la política de los Romanos en materia de religión*;—VOLTAIRE, *De la tolerancia*, c. 8, 10;—GIBBON, c. 2). En realidad, los derechos verdaderos del hombre en sus relaciones con la Divinidad, lejos de ser respetados, no eran ni áun conocidos. Los extranjeros no podían tomar parte en el culto público; había sacrificios que se hubieran manchado con su presencia (FESTUS, v.º *Exesto*). Estaba prohibido á los ciudadanos el practicar una religión extranjera (CICERÓN, *De Legg.*, II, 8). Así los Romanos desconocían el principio (única base de la verdadera tolerancia) de que cada cual tiene el derecho de adorar á Dios de la manera que mejor le parece.

del Oriente, poco compatibles con las de Roma. Ya en el siglo v (430) los estragos de una enfermedad contagiosa indujeron á los Romanos á abrazar supersticiones nuevas. En todas las calles, en todas las capillas, practicábanse sacrificios hasta entónces desconocidos, para aplacar la cólera de los dioses; por fin, el Senado, celoso y avergonzado por estas innovaciones, encargó á los ediles que velasen para que las divinidades nacionales fuesen las únicas adoradas (1). La invasión de Aníbal y las derrotas de las legiones, sucediéndose una sobre otra, llenaron al pueblo de un terror indecible; manifestóse un celo extraordinario por las religiones extranjeras: «hubiérase dicho que los dioses ó los hombres habían cambiado de repente.» No era ya en secreto, en el interior de las casas, donde se separaban del culto antiguo, sino en los sacrificios públicos, en el *forum*, en el Capitolio. El Senado dirigió graves repulsas á los magistrados; pero cuando los ediles quisieron arrojar á la multitud del *forum* y dispersar á los sacrificadores, faltó poco para que se levantase la mano contra ellos; tuvo que intervenir el pretor, para llamar á los ciudadanos á la fe de sus antepasados (2).

La historia de las Bacanales prueba cuán impotentes son las leyes para combatir opiniones religiosas, por funestas é inmorales que sean. Desde hacía ya mucho tiempo había penetrado en Italia el culto frenético de la naturaleza con todos sus excesos; más de una vez habían prohibido los magistrados la entrada en la ciudad á los sacerdotes y á los adivinos. Esto no impidió que las Bacanales se celebrasen entre las sombras de la noche. La secta llegó á ser tan numerosa, que formaba casi un pueblo; cuando el Senado empleó medios de rigor contra aquella especie de conjuración religiosa el número de sus adeptos se elevaba á más de 7.000. Áun destruyendo las Bacanales en Roma y en la Italia, el Senado creyó deber respetar los altares antiguamente consagrados á Baco; permitió celebrar los misterios con la autorización y bajo la inspección de los magistrados (3).

Viendo el Senado que luchaba en vano contra el movimiento

(1) LIV., IV, 30.

(2) IBID., XXV, 1.

(3) IBID., XXXIX, 16, 15, 13, 17 y 18.

que arrastraba los espíritus hácia nuevas religiones, trató de satisfacer una tendencia irresistible, concediendo el derecho de ciudadanía á los cultos que podian conciliarse con las antiguas creencias de Italia. Tales eran las divinidades de la Grecia. Se ha creído, por la palabra de Dionisio de Halicarnaso, que la religion romana es de origen griego; esto era trasportar á los tiempos primitivos el resultado de una accion secular. Los Tarquinos introdujeron los primeros elementos helénicos. Desde un principio se encuentran vestigios del culto de Apolo; adorado por largo tiempo como dios extranjero, recibió los honores de los dioses de Roma en la segunda guerra púnica (1). Los libros sibilínicos, consultados con motivo de calamidades nacionales, mandaron elevar templos á otras divinidades griegas (2). Bajo el Imperio se consumó la asimilacion de las religiones italianas con los cultos de la Grecia. Apolo fué admitido desde el origen mismo de la Ciudad Eterna, sobre el monte Palatino: era un símbolo de la victoria conseguida por el genio de la Grecia sobre el pueblo rey (3).

### § III.—El sincretismo religioso.

En aquella época se manifestó en el terreno de la religion una tendencia más universal. La unidad es un elemento esencial del sentimiento religioso; habian llegado los tiempos en que iba á ser la idea dominante de todos los sistemas. Los progresos de las luces habian arruinado al politeísmo, pero los hombres no pueden vivir sin creer; cuando reniegan la fe de sus antepasados, buscan un apoyo en nuevos cultos. De aquí aquellas supersticiones que se extendieron á torrentes por todo el imperio, hácia el siglo segundo de nuestra era; de aquí el apelar á todas las religiones, de aquí la confusion de todos los ritos, de aquí las invocaciones dirigidas á todos los dioses (4). El universo romano se inclinó ante los dioses

(1) LIV., III, 63; IV, 25.—MACROB., *Saturn.*, I, 17.

(2) DION. HAL., VI, 17-34.—LIV., X, 47.

(3) AMBROSCH, p. 230.

(4) BENJ. CONSTANT., *Del politeísmo romano*, t. II, p. 111.

del Egipto (1). Ya en tiempos de la República hubo una lucha violenta entre los magistrados que querian echar á las divinidades egipcias, y el pueblo que se unia á ella con una fuerza cada día mayor. El año 704 decretó el Senado la demolicion de los templos de Isis y de Serapis; nadie se atrevió á poner en ellos la mano; fué menester que el cónsul L. Emilio Paulo diese el primer golpe con un hacha á las puertas del santuario (2). Tres años más tarde hubo necesidad de acudir á nuevos rigores. Los triunviros, para captarse el favor popular, permitieron erigir altares á los dioses del Egipto en el interior de la ciudad. Augusto y Tiberio trataron de contener el movimiento. Tomaron medidas de una cruel severidad. Los sacerdotes fueron crucificados; 4.000 hombres, imbuidos en supersticiones extranjeras, fueron enviados á Cerdeña á combatir los bandidos que infestaban la isla; era enviarlos á una muerte cierta, en razon de la insalubridad del clima; pero dice *Tácito* iban ya consolados de antemano (3). Estos rigores fueron inútiles; la atraccion era tan irresistible que acabó por ganar á los emperadores mismos, é indistintamente á los filósofos y á los monstruos, lo mismo á Marco Aurelio y á Alejandro Severo que á Domiciano, Caracalla y Commodo.

Los cultos egipcios no satisficieron la necesidad religiosa que atormentaba las almas; todos los dioses del Oriente, el fanático Attis, el material Adonis, el rey del cielo y los genios de las estrellas de la Siria, el Mithra de los Persas, dejaron sus antiguos santuarios, acompañados de sus sacerdotes, para concurrir á la Ciudad Eterna (4). No se contentó la devocion con escoger entre aquellos innumerables dioses; quiso conciliarse el favor de cuantas divinidades habia: de aquí la singular combinacion de todos los cultos y de todas las supersticiones, que es un rasgo característico del Imperio. Esta tendencia se personificó en algunos emperadores. Heliogábalo, Alejandro Severo, Gallieno tomaron parte de todas

(1) Sobre la introduccion de los cultos egipcios en Roma, véase la *Real-Encyclopædie*, t. IV, p. 289-291.

(2) VAL. MAX., I, 3, 3.

(3) TACIT., *Annal.*, II, 85.

(4) Véanse los detalles en PRELLER, *Röm. Mitologia*, p. 710 y sig.

las doctrinas filosóficas y religiosas, creyendo llegar así á un concepto definitivo de la vida.

Representan los historiadores á Heliogábalo como un bufon insensato: ¿envolvían tal vez sus locuras un sentido religioso, oculto bajo el misticismo oriental? Sacerdote del sol, ántes de ser emperador, fué siempre devoto fanático de su dios. Le elevó un templo en el monte Palatino, cuna de la reina del mundo: colocó allí todas las reliquias de la antigua fe de Roma, la imagen de la madre de los dioses, el fuego de Vesta, el palladium, los escudos sagrados. Quiso que no hubiese más religion que la del sol; proponíase relacionar con ella las ceremonias religiosas de los judíos y de los cristianos, para que los sacerdotes de su dios único tuviesen el secreto de todos los cultos (1). Estas concepciones revelan una tendencia incontestable hácia la unidad: si realmente habia demencia en el carácter de aquel emperador, la demencia misma obedecía al impulso del siglo, que llevaba al mundo hácia una religion unitaria.

Esta tendencia tuvo órganos más nobles que el sacerdote del sol. Alejandro Severo, filósofo pagano, era semi-cristiano; en su palacio y en los monumentos públicos grabó aquella máxima del Evangelio: «No hagas á otro lo que no quisieras que te hiciesen á tí» (2). El discípulo de Platon y de Aristóteles buscaba la creencia que la humanidad deseaba, en la union de las doctrinas filosóficas y de los dogmas religiosos, sin apercibirse de que semejante mezcla daría por resultado el caos y no la luz. Adornó su oratorio con los retratos de los mejores príncipes, de los hombres más virtuosos, de los reveladores de todas las religiones; veíase allí á Apolonio de Tiana al lado de Jesu-Cristo (3), á Abraham al lado de Orfeo y los dioses de todas las naciones (4). En la misma época el sincretismo invadió también la filosofía, por mejor

(1) LAMPRID., *Heliogab.*, c. 3.

(2) IBID., *Al. Sever.*, c. 50.

(3) La tradicion relativa á Jesucristo ha sido combatida como apócrifa. CREUZER (*Zur römischen Geschichte und Alterthumskunde*, p. 134-135) dice que es un cuento inventado por los cristianos para dar autoridad á su religion. No vemos nada de inverosímil en el hecho contado por Lampridio; por lo demas, es completamente conforme al genio de las épocas de transicion y de sincretismo.

(4) LAMPRID., *Al. Sever.*, c. 28.

decir, la filosofía y la religion se unian y hacian un supremo esfuerzo para luchar contra el cristianismo. La filosofía antigua fué ilustrada en su decadencia por un hermoso genio; Plotino supo cautivar al emperador Gallieno. En la doctrina de los neoplatónicos eran considerados los diversos dioses del politeísmo como manifestaciones del dios único. Los sentimientos religiosos de Gallieno reflejaron las ideas del filósofo griego: se las encuentra grabadas sobre sus monedas, que llevan no solamente la efigie de los dioses de Roma y de la Grecia, sino también las de las divinidades del Oriente, de la Germania y de las Galias (1).

El panteon romano estaba completo; pero este trabajo de fusion no condujo á la unidad, no resultó de él más que una confusion de divinidades innumerables. Varron contaba trescientos Júpiter. El pueblo de los dioses, dice *Plinio*, es más numeroso que el de los mortales. Nuestro país, dice *Petronio*, está tan lleno de divinidades que se encontraría más fácilmente un dios que un hombre (2). Se ve que la multiplicidad de los dioses, muy lejos de fundar la fe que el género humano pedía con ardor, excitaba la sátira que habia ya destronado á los habitantes del Olimpo. Hay que ver en *Luciano* los apuros de Mercurio no sabiendo donde colocar los dioses que llegan en tropel de la Persia, de la Escitia, de la Tracia, de las Galias y mirando con malos ojos á Attis, Sabazius, los Coribantes, divinidades improvisadas é insolentes, cuyos títulos le parecían dudosos. Aquí Neptuno se bate contra Anubis; allá Mithra llega de la Media, con la cabeza ceñida por un turbante, echando una mirada estúpida sobre sus colegas, y no oyendo lo que le quieren decir, ni aún cuando se brinda á su salud. Para poner remedio á este mal, el consejo de los Inmortales decreta, á propuesta de Momo, que los derechos de los recién llegados se sometan á un severo exámen y que los intrusos sean expulsados (3).

El sincretismo religioso del imperio no era la unidad. En efecto, la unidad supone una idea superior que domine á las creencias

(1) CREUZER, *Zur römischen Geschichte*, p. 112 y sig.

(2) TERTULL., *Apol.*, 19.—PLIN., *H. N.*, II, 5.

(3) LUCIAN., *Jupit. tragoed.*, 8, 9, 13; *Deorum Concl.*, 9.

antiguas, una doctrina bastante amplia para aceptar las tradiciones anteriores, aunque separándose de ellas á fin de conducir al género humano á nuevos destinos. La antigüedad estaba demasiado profundamente penetrada de la idea de la nacionalidad de las religiones para concebir un dogma capaz de conciliar creencias diversas, y para introducir la armonía en el mundo del pensamiento. Cuando el cristianismo proclamó la unidad de Dios y del género humano y anunció muy alto la pretension de extender su imperio sobre el mundo entero, los filósofos paganos declararon que era imposible una religion universal: «Es precioso no saber nada, dice *Celso*, para imaginarse que los Helenos y los Bárbaros, que el Asia, la Europa y el Africa puedan jamas confundirse en una misma religion» (1).

¿Por qué negaban los filósofos paganos la posibilidad de una religion universal? La antigüedad no ha tenido conciencia de la unidad del genero humano; le parecia un hecho fatal la division de la humanidad en naciones esencialmente diversas. Oigamos sobre este punto á uno de los órganos más nobles del paganismo: *Juliano* nos dirá la última palabra de la filosofía antigua sobre la grave cuestion de la unidad. La tradicion judía adoptada por el cristianismo enseña que todos los hombres no forman más que una gran familia; da á este dogma el apoyo de la creacion, refiriendo el origen del género humano á un solo hombre. *Juliano* desecha esta doctrina: «Es contraria, dice, á las enseñanzas del politeismo; está en oposicion con la diversidad profunda de las leyes y de las costumbres que distingue á los pueblos. Estas diferencias no son el efecto del acaso; tienen su origen en la voluntad de los dioses. Los dioses son los representantes de los genios contrarios que caracterizan á las naciones. Marte inspira á los pueblos guerreros; Minerva, á los que hermanan la prudencia con el valor; Mercurio, á los que poseen más prudencia que valor guerrero» (2). Bajo este punto de vista, la unidad de la familia humana desaparece en la variedad de los caracteres nacionales; lo que es accidental y secundario adquiere la importancia de una diversidad radical,

(1) ORÍGEN., *Contra Celsum*, VIII, 72.

(2) CYRILL., *Contra Julian*, lib. IV, p. 138, 116 y 115 (ed. Spanhem).

y se llega á la consecuencia de que una sola y misma religion para hombres esencialmente diversos es una concepcion absurda (1).

Sin embargo, el espíritu humano no se engaña jamas fundamentalmente; si en las verdades que percibe hay siempre algo de error, tambien en sus aberraciones hay una parte de verdad. La protesta violenta contra el cristianismo, emanada de aquel á quien los católicos han censurado con el nombre de Apóstata, era falsa en tanto que negaba la unidad; pero en cuanto se dirigia á una doctrina que amenazaba absorber todo lo que hay de individual y de variable en la naturaleza humana, defendia derechos igualmente sagrados, los de las nacionalidades. Un retórico, contemporáneo de *Juliano*, nos parece que ha arrojado una viva luz sobre esta gran cuestion. Más adelante diremos cuáles fueron los esfuerzos de *Themistio* para hacer consagrar por los emperadores cristianos el principio de la tolerancia. Las contradicciones de las sectas religiosas condujeron al orador filósofo á meditar sobre los designios de Dios en la creacion: «Ve por todas partes, en la naturaleza y en los hombres, una variedad que no excluye, sin embargo, la unidad. El universo le aparece como una casa, el género humano como una familia cuyo jefe es Dios. El padre de los hombres exige de todos la adoracion que le es debida, pero no les impone el mismo culto, les deja una completa libertad; cada cual busca en su genio propio las inspiraciones que mejor le parecen para ponerse en comunion con Dios; todos rivalizan por glorificarle. Que el Egipcio, el Griego, el Sirio adoren al Creador con ceremonias que difieren de un pueblo á otro, ¿será por esto menor la gloria del Ser Supremo que si de todos los puntos de la tierra se elevase un concierto uniforme de súplicas y de alabanzas?» (2).

¿Nos forjamos una ilusion sobre el pensamiento del escritor griego, al ver en sus palabras la profecía de los destinos futuros de la humanidad? El pensamiento de *Juliano*, interpretado por *Themistio*, contiene esta gran verdad: que la religion, aunque una

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion und Kirche*, t. III, p. 85-87 (2.<sup>a</sup> edic.).

(2) THEMIST., *Orat.* XII, p. 159 y sig.; *Orat.* v, p. 69 y sig. (ed. Harduin).

en los dogmas fundamentales, no es necesariamente una en todas sus creencias. Dios mismo ha revelado sus designios sobre la humanidad, organizando el universo sobre el plan de una variedad infinita; de la misma manera el género humano debe distribuirse en grupos diversos, pero armonizados por una ley general (1). Bajo este punto de vista, el cristianismo estaba tan lejos de la verdad como el paganismo. La pretension que tenía de someter á todas las naciones á una sola y misma ley, era contraria á la naturaleza de las cosas. Así es que ha fracasado en una obra imposible. ¡Cosa notable! La misma raza que protestó, por el órgano de sus últimos pensadores, contra la ambicion absorbente del cristianismo, rompió tambien la unidad cristiana; el cisma griego es la manifestacion del espíritu de nacionalidad en el dominio de la religion. Hay todavía otro hecho, igualmente importante, que revela esta misma necesidad de diversidad. El cristianismo no ha pasado apénas de los pueblos de raza latina ó germánica. Cuando los Jesuitas trataron de convertir el Oriente, tuvieron que hacerse Indios ó Chinos, con gran escándalo de Roma, guardadora de la unidad inmutable de la Iglesia. La experiencia nos parece decisiva. Es menester que la religion del porvenir deje un lugar al elemento de la diversidad nacional.

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. III, p. 199.—REYNAUD, en la *Enciclopedia Nueva*, t. IV, p. 673.

---



---

## LIBRO TERCERO.

### LITERATURA.

---

#### CAPÍTULO I.

##### CONSIDERACIONES GENERALES.

---

##### Roma y la Grecia.

De todas las literaturas antiguas y modernas, la de Roma es la que ha tenido una accion más extensa y duradera. La lengua latina extendió la civilizacion greco-romana por la mayor parte de Europa y facilitó la predicacion del Evangelio. Cuando Roma cayó bajo los golpes de los Bárbaros, la lengua de los vencidos, lejos de desaparecer, extendió su imperio (1). Los vencedores se sirvieron de ella para escribir sus leyes; la Iglesia la adoptó para las ceremonias del culto; los misioneros, conquistadores pacíficos, la llevaron á mundos cuya existencia ignoraban los Romanos; las naciones y los individuos la emplearon para redactar los documen-

(1) BODIN dice que la soberanía de Roma parece perpetuarse por la dominacion de su lengua: «Es una verdadera señal de soberanía el obligar á los súbditos á cambiar de lengua; lo cual han ejecutado los Romanos mejor que ningun príncipe ó pueblo que hubo jamas: de manera que parece que todavía dominan en la mayor parte de Europa.»